

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN
IV

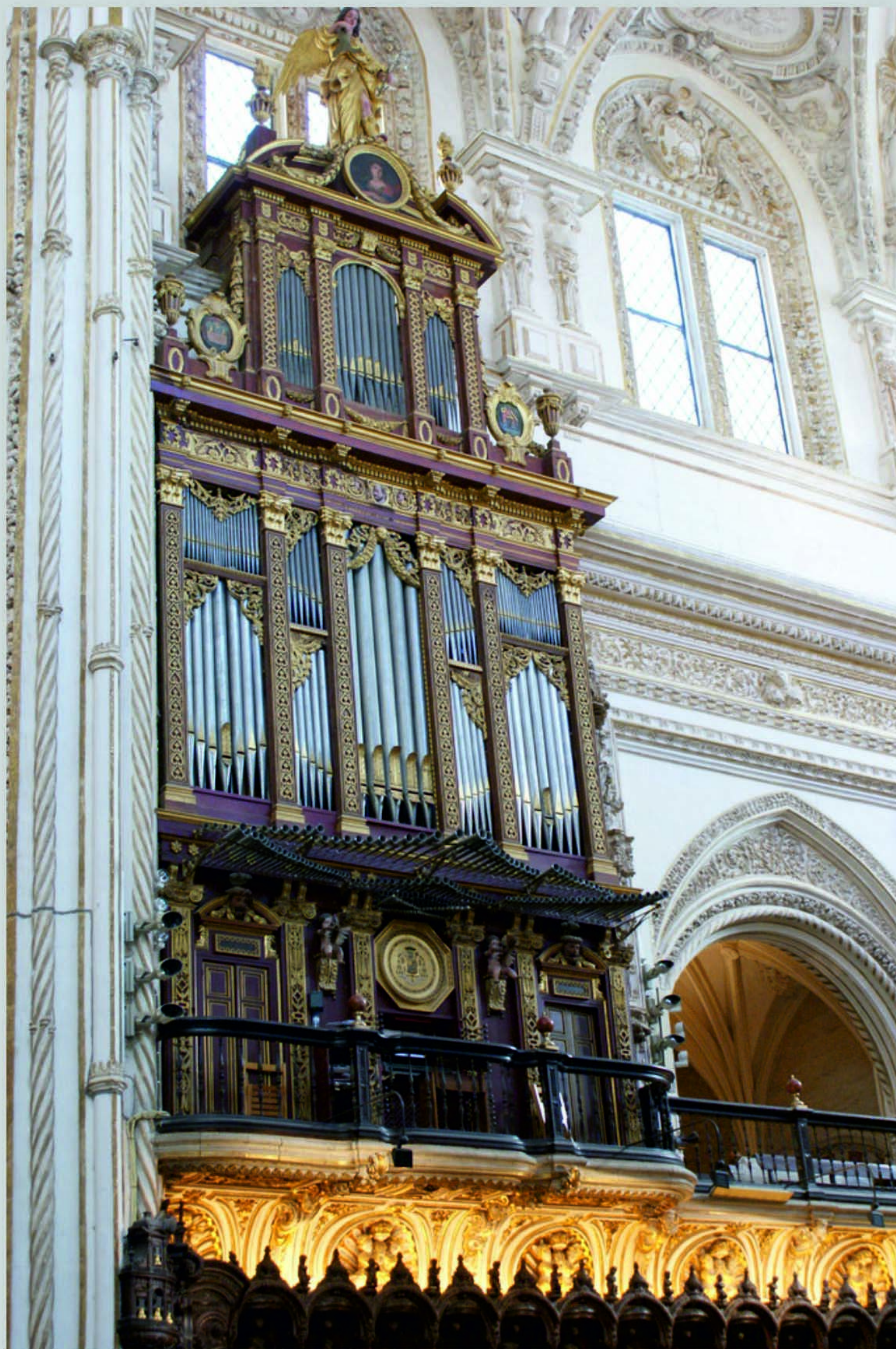
MÚSICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY

J. M. MORENO
R. LUQUE
Coordinadores



2019

MÚSICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



JUAN MIGUEL MORENO CALDERÓN
ROSA LUQUE REYES
Coordinadores

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

**JUAN MIGUEL MORENO CALDERÓN
ROSA LUQUE REYES**
Coordinadores

**MÚSICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY**

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2019

MUSICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón IV*)

Coordinador científico:

Juan Miguel Moreno Calderón, académico numerario

Coordinadora editorial:

Rosa Luque Reyes, académica correspondiente

Portada: Órgano del coro de la Mezquita-Catedral de Córdoba

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-121657-2-2

Dep. Legal: CO 2052-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**RAMÓN MEDINA,
ESENCIA MUSICAL DE CÓRDOBA
(1891-1964)**

ROSA LUQUE REYES
Académica Correspondiente

Llegó a Córdoba con 11 años, un 3 de abril de 1903, procedente de tierras manchegas, pero supo captar como nadie el alma popular de esta ciudad. Enamorado íntimamente de ella, pronto intuyó el latido de sus gentes sencillas y el embrujo de sus rincones de postal, que él recorría de noche para saborear sus misterios sin interferencias. De aquellos silencios insomnes de la madrugada en la ciudad de la Mezquita Ramón Medina sacaba lo mejor de sí, que era un enorme talento musical volcado en sonos y letrillas sin pretensión de trascendencia que sin embargo no solo han soportado firmes la erosión del tiempo sino que hoy, más de medio siglo después de desaparecido el maestro, suponen una indispensable fuente etnológica para describir la más genuina esencia cordobesa.

Sus *cancioncillas*, que es como llamaba a sus creaciones sin falsa modestia quien ha pasado a la historia como “el cantor de Córdoba”, son “las más conocidas, interpretadas y apreciadas de cuantas canciones se han dedicado a esta tierra”. Lo afirma el musicólogo y catedrático de Piano Juan Miguel Moreno Calderón en un documentado estudio sobre Ramón Medina en el que lo describe como “la figura principal de la música popular cordobesa”¹.

De Brihuega a Córdoba

Ramón Medina Ortega había nacido el 7 de junio de 1891 en Brihuega, un municipio de Guadalajara bañado por el río Tajuña y alfombrado con campos de lavanda. Fue el primer hijo -luego vendrían cinco más- del matrimonio formado por el procurador Ramón Medina Atienza y Odalberto Ortega Vigil de Quiñones, una joven de familia aristocrática que tocaba el piano, como muchas damas de la época, y cuyo linaje materno dio nombre a la denominada “casa de los Vigiles”

¹ MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: “Ramón Medina: exaltación de la música popular”, en *Música y músicos en la Córdoba contemporánea*. Edición de la Obra Social y Cultural de CajaSur. Córdoba, 1999, p. 198.

de aquella localidad, como recordaba su nieto Ramón Medina Hidalgo -quien fuera profesor de piano del Conservatorio y destacado músico cordobés- en una entrevista que tuve ocasión de hacerle para el diario *Córdoba*².



Ramón Medina, ante una copa de vino, toca la guitarra en el santuario de Scala Coeli durante la romería de 1950. (Foto Ladis).

La profesión del padre obligó pronto a la familia a abandonar la bella población conocida como el Jardín de la Alcarria. Ejercía como oficial de Sala de la Audiencia Provincial de Cáceres cuando un nuevo traslado trajo a los Medina Ortega a Córdoba, y aquí se instalaron -sin saber que ya sería para siempre- en una casa de la calle San Francisco, antes de mudarse definitivamente a la calle Cabezas, según recordaba

² LUQUE, Rosa: “La música lo es todo en mi vida”, entrevista a Ramón Medina Hidalgo en el diario *Córdoba*, suplemento dominical *Zoco*. Córdoba, 29 de abril de 2001, pp. 5-6.

Miguel Salcedo Hierro en una cálida semblanza del compositor y su época que realizó para las páginas del *Córdoba* con motivo del centenario de su nacimiento³. En esa casa se acomodó el matrimonio con sus cuatro primeros hijos, nacidos en Brihuega. Tras Ramón había venido al mundo José, que con el correr del tiempo llegaría a firmar crónicas taurinas como Pepe el Gitano, según recuerda su sobrina nieta Laura Medina López, que, generosamente, nos ha aportado datos y anécdotas familiares junto a curiosos documentos que aún permanecían inéditos. Socialista hasta el tuétano, Pepe Medina Ortega fue secretario de Indalecio Prieto, y tras la Guerra Civil vivió una odisea que lo llevó a campos de concentración africanos y luego al exilio en México, al que marchó sin su mujer y sus hijos. Le seguían en edad Concha y Arturo. Ya en Córdoba nacieron Marcelino y Lola. Esta, de gran belleza, en su juventud fue modelo de una revista de modas, y cuentan que fue una mujer soñadora que acabó perdiendo la cabeza.



Ramón Medina Atienza y Odalberta Ortega y Vigil de Quiñones, padres del compositor. (Fotos del archivo de la familia Medina).

Pero volvamos a 1903, y con ello a la Córdoba que esta familia alcarreña se encontró a su llegada. Así describe el recordado cronista de

³ SALCEDO HIERRO, Miguel: "El centenario de Ramón Medina (1891-1991)". Artículo publicado por el académico en el diario *Córdoba* dentro de su sección habitual "Cronista de la ciudad". Córdoba, 5 de junio de 1991, p. 72 (contraportada).

la ciudad la sede de la Audiencia que recibió a Medina Atienza como oficial de primera en aquella primavera de inicios del siglo XX:

Cuando el oficial de Sala, Medina, llegó a Córdoba, estaban dándosele los últimos toques al edificio de la Audiencia, situado en el Gran Capitán, donde hoy se alza la Delegación de Hacienda. Se trata de un palacio sencillo, de líneas sobrias, cuyo centro de fachada estaba coronado por un reloj de tres esferas; de su máquina hacía punto de honor el portero de la Audiencia de entonces, Manuel Medina Estévez, consiguiendo que su obra coincidiera con toda exactitud con la del reloj de la Estación de Ferrocarriles⁴.

Años de formación

Ramón Medina siempre se consideró autodidacta, y a veces recordaba con ternura que, siendo muy niño, fue su madre la que le inculcó el amor a la música. Así se lo hizo saber al periodista Francisco Navarro Calabuig en una entrevista que le concedió en 1950, al contarle que su vocación artística le acompañaba desde la infancia: “Mi madre me dio las primeras lecciones de solfeo -evocaba entonces-. Ella tocaba el piano en las veladas familiares, y en estas reuniones me subían a mí a una mesa desde donde improvisaba unos versos alusivos al acto. Tenía yo entonces seis años”⁵.

Pero no era del todo cierto que hubiera aprendido en solitario, pues en 1904, al poco tiempo de llegar a Córdoba -ciudad que despertó su entusiasmo musical desde el primer momento- inició sus estudios en la Escuela Provincial de Música, entonces dirigida por el célebre compositor cordobés Cipriano Martínez-Rücker (1861-1924).

Meses antes, con once años, había ingresado en el coro de niños cantores de la Catedral, los famosos seises -llamados así porque solían ser seis, según el diccionario de la Real Academia Española- que cantaban y bailaban vestidos con lujosos trajes antiguos de pantalones abombados, chaquetillas y mallas en celebraciones religiosas como la festividad de la Inmaculada y el Corpus Christi. Formar parte del coro entre 1903 y 1905 le permitió recibir enseñanzas de canto del famoso maestro de capilla, gran músico y compositor Juan Antonio Gómez

⁴ *Ibid.*: Artículo citado.

⁵ NAVARRO CALABUIG, Francisco: “También la becerrada a la mujer cordobesa tendrá su pasodoble”. *Diario Córdoba*: Entrevista a Ramón Medina. Edición del 25 de mayo de 1950, p. 5.

Navarro (1845-1923), su director, cuyas obras sacras y profanas, y sobre todo el villancico titulado *El ruiseñor*, siguen siendo interpretadas cada Navidad por diversas agrupaciones corales de la ciudad y provincia.

Aquel Centro Filarmónico

En cuanto adquirió las primeras nociones musicales, Ramón Medina ingresó en el Centro Filarmónico, al que habría de estar vinculado muchos años, los de la época dorada de la institución. Como señala el historiador Luis Palacios Bañuelos en un libro sobre la entidad⁶, el Centro Filarmónico, donde Ramón fue flautín y guitarra, será “el mejor intérprete” de sus canciones, convirtiéndose algunas de ellas a lo largo de los años en “buque insignia de esta institución”. Palacios Bañuelos señala, a propósito de la entidad en la época en que abrió sus puertas al joven Medina⁷:



Ramón Medina Ortega, en los tiempos juveniles en que ingresó en el Centro Filarmónico. (Foto del archivo de la familia Medina).

El repertorio que entonces cultivaba el Centro era, aparte de algunas incursiones en la zarzuela, la música de los maestros Martínez Rücker, Eduardo Lucena y Molina León. Este último le enseñó a tocar la guitarra y despertó en él el interés por lo popular.

Y es que Ramón Medina fue aplicado discípulo de José Molina León (1870-1923), director en aquella época de esta formación musical tan enraizada en la sociedad cordobesa. También recibió enseñan-

⁶ PALACIOS BAÑUELOS, Luis: “Ramón Medina y sus canciones cordobesas”, en *Historia del Centro Filarmónico de Córdoba ‘Eduardo Lucena’. Música, sociabilidad y cultura popular*. Coedición de la Caja Provincial de Ahorros y CajaSur. Córdoba, 1994, p. 164.

⁷ *Ibid.*, p. 164.

za de Rafael Rodríguez, a quien Medina recordaba como “gran músico y cantante extraordinario”; y tuvo entre sus condiscípulos a Luis Serrano Lucena, luego director del Centro Filarmónico y del Conservatorio, y a Rafael Millán, autor de la zarzuela *El príncipe bohemio*.

Con Molina León incluso llegó a colaborar en alguna de sus composiciones. Esto le animó a dar los primeros pasos en la creación con sencillas canciones bastante influidas, según Salcedo, por las melodías hispanoamericanas. Tuvo en ello mucho que ver, cuenta el cronista oficial, su gran amigo Casas, “mayordomo del Ministerio de la Marina, que se había instalado en Córdoba después de haber pasado muchos años en América”⁸.

Pero sus grandes influencias fueron sin duda Molina León, Martínez Rücker y Eduardo Lucena, a quienes Juan Miguel Moreno Calderón⁹ no duda en calificar como “puntos de referencia esenciales en su futura práctica musical, iniciada ya por entonces con pequeñas composiciones populares encaminadas a ensalzar las bellezas monumentales y artísticas de Córdoba”. También se ha señalado en él cierto acercamiento a la música de Albéniz, Falla y Turina. Pero dejemos que sea el maestro¹⁰ quien evoque sus primeras canciones:

Fueron habaneras, jotas corales y otros aires populares muy en boga entonces que dediqué a mi novia, la cual sentía una pasión musical tan grande como la mía. Hasta el punto de que los seis años de relaciones los pasamos cantando ella y tocando la guitarra yo. No tuvimos tiempo de pelearnos -afirma humorísticamente-, y lo mismo nos ocurre hoy.

El caso es que desde el principio sintió un enorme tirón por todo lo popular, lo que no le impedía adentrarse a la vez, eso sí que de forma autodidacta, en los escritos de los clásicos, sobre todo Quevedo y Bécquer; un placer que le acompañará ya toda la vida. Pero a la hora de componer prefería acercarse con sus sencillas melodías y letrillas al pueblo llano, que en seguida las aceptó como suyas, al llegarle interpretadas por las abundantes agrupaciones musicales que animaban las veladas y festejos de aquella Córdoba triste de la postguerra, deseosa de aliviar sus penas en las verbenas de barrio.

⁸ SALCEDO HIERRO, Miguel: Art. cit.

⁹ MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: *Op. cit.*, p. 199.

¹⁰ NAVARRO CALABUIG, Francisco: Entrevista citada.

La música como vocación, no profesión

Nunca debió de creerse del todo su fama creciente, porque en ningún momento se le ocurrió vivir de la música. De hecho, según contaba Luis Palacios Bañuelos en un interesante artículo publicado en la revista *Córdoba en Mayo*¹¹, “él reconocía no recibir más allá de 3.000 pesetas al año en la década de los 60 por este concepto”.



Arriba, tarjeta de identidad de un joven Ramón Medina en el *Diario de Avisos*, fechada a 10 de abril de 1913. Debajo, el carnet que lo acredita como redactor del *Diario de Córdoba* en agosto de 1930, con la firma del director del periódico, Ricardo de Montis. (Documentos facilitados por la familia Medina).

¹¹ PALACIOS BAÑUELOS, Luis: “Ramón Medina y sus canciones cordobesas”. Revista *Córdoba en Mayo*. Córdoba, 1984, p. 83. (En la citada edición de la revista, que tenía periodicidad anual, no figuran numeradas las páginas, aunque el artículo se corresponde con las 81-87).

Sí que intentó vivir del periodismo, y lo logró durante algunas temporadas. Trabajó en el *Diario de Avisos* en su última etapa, entre 1913 y 1916, año en que cerró esta publicación independiente de breve vida -había sido fundada en 1910 y sufrió varias intermitencias- y se quedó en la calle. Trece años después, en 1929, ingresó en la Redacción del *Diario de Córdoba* (ese sí de larga vida, 88 años, y que no hay que confundir con el *Córdoba* actual, nacido el 25 de julio de 1941). En este periódico, donde trabajó hasta su cierre en 1936, realizó reportajes y crítica de teatro y música.

La verdad es que como redactor Ramón Medina no hizo historia en el rotativo, donde firmaba con el pseudónimo de Mon-Mina. Pero entabló una amistad entrañable con su director, el gran periodista y escritor Ricardo de Montis, autor de ese inigualable compendio de apuntes costumbristas que fueron sus *Notas Cordobesas*. Don Ricardo le ayudó a acercarse más a las tradiciones y al alma inasible de esta ciudad, algo que iba a servirle de mucho para sus composiciones; y él le correspondió con un sincero afecto que fue más allá de la muerte de Montis en julio de 1941. Hasta el punto de que, estando este ya aislado en su casa, enfermo y ciego, Ramón Medina fue una de las escasas personas que lo visitaban para animar su encierro forzoso¹².

Como se ve, el periodismo tampoco le ofreció un medio seguro de subsistencia, por lo que, aunque siempre lo echará de menos, hubo de buscarse la vida por otros cauces, ayudado por su carácter extrovertido y su don de gentes. Acabó trabajando como representante de productos de farmacia y perfumería, aunque era su hijo Ramón quien hacía por él las visitas a los pueblos. Este, recordando los empleos de su padre, contaba en 1988 al periodista Francisco Solano Márquez en una entrevista¹³ que, de joven, llegó a ser encargado de una droguería y ortopedia que había en la calle María Cristina, “y gracias a ello se pudo casar,

¹² SALCEDO HIERRO, Miguel: *Ricardo de Montis y Romero. Tiempo. Notas. Recuerdos*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1990, p. 101. Se trata del libro con el que el cronista de Córdoba introduce la reedición facsímil de los once tomos de las *Notas Cordobesas (Recuerdos del pasado)*. En ellos Montis fue reuniendo a lo largo de dos décadas -el primer tomo salió en 1911 y el último en 1930- una selección de 445 artículos entre los centenares publicados en el *Diario de Córdoba* entre 1915 y 1929, año en que accedió a la dirección del periódico.

¹³ MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: “El hijo del cantor de Córdoba”. *Diario Córdoba*, suplemento especial de Navidad. Córdoba, 24 de diciembre de 1988, pp. XXIX-XXXI.

pues ganaba 15 o 20 pesetas, que era un sueldo estupendo entonces”. “Estas profesiones, que realizó con eficacia -cuenta Palacios Bañuelos, quien menciona también su paso anterior por una notaría y por el Centro Técnico Industrial-, le permitieron vivir dignamente y sin duda fueron para él un medio espléndido de conocimiento de las gentes y costumbres populares”¹⁴.

Ramón Medina Ortega se casó a los 24 años (el 25 de noviembre de 1915) en la parroquia del Sagrario de la Catedral¹⁵. Su esposa, Carmen Hidalgo García, era una cordobesa “dulce, guapa y un poco infantil”, a decir de su nieta Laura. “Era cuatro años mayor que mi abuelo -añade-, cosa que ella, coqueta, ocultaba siempre”. Recién casada, la pareja vivió en la calle Cabezas, donde ambos habían crecido, pues las dos familias estaban vecindadas en este rincón del casco histórico. Luego se asentaron definitivamente en la primera planta de una casa ya desaparecida de la calle Gutiérrez de los Ríos -popularmente conocida por su antiguo nombre de Almonas-, concretamente en el número 46, frente a la calleja Pintor Bermejo.

El matrimonio tuvo cinco hijos. Dos niñas, ambas bautizadas con el nombre de Carmen pero llamadas familiarmente Meli, fallecieron sucesivamente. Pero el primogénito fue Ramón, al que siguió seis años después Rafael, que fue pintor y restaurador, muy amigo de los componentes de *Cántico*, como su hermano mayor, que llegó a poner música a poemas de Pablo García Baena y otros miembros del grupo. Por último vino al mundo diez años después que Ramón otra chica, otra Meli, un apelativo por el que los padres tenían especial querencia



Con su esposa, Carmen Hidalgo, y su hijo Ramón, de pocos meses. (Foto del archivo de la familia Medina).

¹⁴ PALACIOS BAÑUELOS, Luis: Art. cit., p. 83.

¹⁵ La partida de matrimonio figura en el folio 4 del libro 27 de Matrimonios de la parroquia del Sagrario de la Catedral de Córdoba. En dicho documento el compositor aparece con el nombre de Roberto Ramón.

a pesar de que parecía unido a la mala suerte. De hecho, el infortunio se repitió con esta tercera Meli, muerta a los 31 años de leucemia. “Aparte de esos golpes de mala suerte, era una familia muy peculiar, con decirte que mi abuelo Ramón era el único sensato de la familia...”, comenta Laura riendo.

En cualquier caso, lo que está claro es que fue el gran pilar que sostuvo el armazón familiar. Junto al matrimonio y los hijos vivió siempre Pura Hidalgo, hermana soltera de Carmen, y más tarde “la tía Gloria”, vecina de la planta baja incorporada como una hermana más al núcleo familiar. Pero el corazón de los Medina Hidalgo era grande y generoso, y daba para auxiliar de vez en cuando a otros solteros, los tíos Concha, Arturo y Lola, que vivían juntos en una casa de la plaza de las Cañas ayudados por su hermano Ramón, que también socorría a su cuñada, la tía Antonia, cuando su hermano Pepe tuvo que marcharse al exilio.



Ramón Medina, siempre guitarra en mano, posa hacia 1934 con su mujer, Carmen Hidalgo, que lleva a Meli en brazos, y sus otros hijos Ramón (de pie) y Rafael (izquierda), junto a otro niño no identificado. (Foto del archivo de la familia Medina).

En el barrio de San Agustín

Había muchas bocas a las que dar de comer y, por suerte, Ramón Medina Ortega era hombre echado para adelante, bienhumorado y buscavidas. Antes de acabar como agente comercial, había abierto una droguería y tintorería -que traspasó cinco años después- en el barrio de San Agustín, entonces lleno de tiendas, barrio que quedará ya unido para siempre a sus más entrañables afectos. A él dedicaría, entre otras, composiciones como *Nenas de San Agustín* y *Hechicera cordobesa*, una de las más conocidas. Allí, “católico de verdad” que era, “aunque no beato”¹⁶, entabló amistad con los frailes dominicos del convento que se alza en la plaza, orden unida al santuario de Santo Domingo de Scala Coeli y a la famosa romería. A ella Medina dedicó varias canciones, entre las que destaca *Camino del Santuario*, hoy como ayer entonada cada año por los romeros desde las carrozas que suben a esos parajes de la sierra. Sepamos en palabras de don Ramón cómo se gestó la conocida copla, que llegó a ser cantada hasta en Italia¹⁷:

(Fue) en 1946, en el seno de un grupo de romeros de Santo Domingo. Tres años después, la copla fue recordada por un azar en la primera reunión de la actual Hermandad del Santísimo Cristo y San Álvaro y definitivamente aceptada como canción de romería. Por cierto -dice- que circunstancialmente me encontraba yo en aquella reunión y me vi obligado a cantarla hasta treinta veces, prolongándose la sesión hasta la madrugada. ¡Todos querían aprenderla!

Lo cierto es que aquella canción, compuesta en ocho horas, no dejó de proporcionarle alegrías. Contaba él mismo la anécdota de que en un viaje a Madrid con su hijo Ramón a principios de la década de los cincuenta fueron invitados a visitar la Facultad de Farmacia, en la Ciudad Universitaria, por los alumnos de tercer curso, que les dieron la gran sorpresa de recibirlos a la puerta del centro entonando su *Camino del Santuario*. En aquel viaje a la capital de España -que aprovechó para presentar en varios círculos artísticos al hijo como músico y colaborador suyo- tuvo la oportunidad de que la gran doña Concha Piquer -entonces todavía Conchita, pero en la cima de su fama- escu-

¹⁶ MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: Entrevista citada, p. XXX.

¹⁷ NAVARRO CALABUIG, Francisco: Entrevista citada.

chara un amplio repertorio de sus obras¹⁸. Le gustaron tanto a la cantante que se ofreció a grabar un disco con algunas de ellas, aunque al final la idea no cuajó.

Volviendo a San Agustín, otros vínculos personales que ataban amistosamente a Medina a este típico rincón del casco antiguo -aunque, como queda dicho, la familia vivía en la calle Almonas, en el cercano barrio de San Andrés-, los cuenta Salcedo Hierro con gracia en el referido artículo¹⁹:

En aquellos años, Ramón Medina ya había escogido el barrio de San Agustín como símbolo de su música cordobesa. A ello contribuía su amistad con Pepito el de El Metro, que regía aquella tienda de tejidos del barrio y que era ocurrente y muy aficionado a las coplas; y el maestro Obregón, barbero instituido en las Rejas de Don Gome, también cantor de letrillas deliciosas, que presumía de ciclista y que se apuntaba el primero a todas las carreras aunque luego no se presentara a ninguna. Ramón llegó a ser amigo de todas las personas del barrio.

La peña El Limón

En la calle Montero, corazón carnavalesco de San Agustín, estaba y -aún continúa aunque muy venida a menos-, la taberna Casa Pancho, entonces regentada por Luis Jiménez Gavilán. En su patio -más bien patinillo, porque es minúsculo- hay un limonero en torno al cual se reunían don Ramón y un grupo de amigos cuando no se refugiaban del mal tiempo en una amplia sala del local. Muchos de ellos eran miembros del Centro Filarmónico, y todos practicantes de esa religión llena de ritos -entre ellos no faltaban los peroles en el campo- llamada “cordobesismo”. El maestro Ramón, muy aficionado a las expansiones de tertulia y camaradería tras la dura jornada laboral, solía estrenar junto a los amigos sus obritas, y a veces hasta las improvisaba, siempre acompañándose de rasgueos de guitarra. Y entre todos ensayaban letra y música antes de convertirlas en patrimonio de Córdoba. Aquella tertulia acabó en 1934 constituida en la peña El Limón, en honor del

¹⁸ NAVARRO CALABUIG, Francisco: Entrevista citada. Refiriéndose al repertorio que mostró a Concha Piquer, Ramón Medina enumera las siguientes canciones: “Campanas de la Mezquita”, “La arropiera”, “Juanito el Chocolatero”, “Plaza de los Dolores”, “Serenata a la Mezquita” y “Los piconeros”.

¹⁹ SALCEDO HIERRO, Miguel: Art. cit.

árbol que se nutría de la más pura savia de esta tierra. Y ya en la década de los sesenta, en un intento de incorporar las voces femeninas a las interpretaciones de la peña, el maestro Ramón preparó un coro de 16 chicas, a las que llamó Las Nenas de San Agustín, a las que su mentor se refería elogiando que “cuando se agrupan ellas y los cantores de la peña El Limón se forma una composición algo magnífica, exquisita”, según dejó dicho a Juan Montiel Salinas²⁰.

Luis Palacios, haciéndose eco de las palabras del compositor, señala que la finalidad de la peña era la de “sostener la amistad y continuar las tradiciones musicales de Molina, Lucena, Martínez Rücker y Paco Romero”, además por supuesto de “exaltar todo lo que formara parte del espíritu de Córdoba”.

A la peña acudía el maestro Ramón con sus amigos todos los días a partir de las 8 de la tarde, una vez finalizada su jornada laboral, y allí permanecía, hasta primeras horas de la madrugada en ocasiones, ensayando las creaciones del maestro. La peña, como tantas otras de Córdoba, se regía por la amistad y el buen entendimiento, y norma de oro era que nadie podía llegar a embriagarse a riesgo de ser expulsado. La prensa local de todos estos años recoge con frecuencia las visitas que propios y extraños hacían a la peña “El Limón”²¹.

En un amplio artículo del diario *Córdoba*²², el periodista Manuel Medina González evoca con nostalgia el ambiente de la peña, de la que cuenta que “llenaba con su música y sus canciones a Córdoba de cabo a rabo, y entraba por los senderos de la campiña y la sierra, don-

²⁰ MONTIEL SALINAS, Juan: *Córdoba y sus peñas. 1951-1976*. Imprenta San Pablo, Córdoba, 1977.

²¹ PALACIOS BAÑUELOS, Luis: Art. cit., p. 81.

²² MEDINA GONZÁLEZ, Manuel: “Ramón Medina y las peñas”. Diario *Córdoba*. Suplemento dominical. Córdoba, 22 de febrero de 1987, p. VII. En el artículo, su autor menciona a algunos de los integrantes de la peña El Limón, cita que recogemos a beneficio de inventario: “Ramón Medina había constituido una masa coral de unas veinte personas, formada por los siguientes peñistas: Rafael Cantueso Arenas, Juan Díaz Muñoz, Antonio Soto Costi, Luis Velasco Arenas, Manuel Segorbe Entrenas, Enrique Jiménez Gavilán, Andrés Galán Díaz, Andrés Redondo Perlavo, José Calvo Herrero, Braulio Enrique Ruiz, Rafael Aparicio Aparicio, Rafael Marín Llamas, Emilio Fernández Caravaca, José Miguel Álvarez, Eduardo Fernández Caravaca. La parte instrumental musical era servida por Ramón Medina y Rafael Marín, que tocaban la guitarra, y José Márquez, el laúd”.

de los peroles tenían características de premios por llegada final a una meta placentera”. El mismo reportero compartió a veces aquel ambiente peñístico de los años cincuenta y sesenta por invitación de su amigo -que no pariente, aunque se apellidaran de igual modo-. Y hasta se animó en alguna ocasión a llevar compañía, como cuando se presentó con un amigo americano para instruirlo sobre las más genuinas tradiciones cordobesas. Así lo relata Medina González:

(...) Cierta día [Ramón Medina] me dijo: Tocayo, me agradecería que fueras esta noche a la peña, que vamos a estrenar una canción mía, y además, no faltará quien cante y mueva los *pinreles*. Naturalmente que fui a aquella fiesta que duró hasta que clareaba el día y que fue el acabóse de la alegría y del olvido (...). Mas como antes de asistir a aquella fiesta inolvidable pensé que había de ser, como fue, lo nunca visto ni oído, me atreví a invitar por mi cuenta a un amigo norteamericano, Mr. Dale Brahum, ingeniero e hispanófilo, que fue bien acogido y hasta celebrado en la peña. Al enterarse por él el maestro Ramón de que conocía la música y sabía rasguear la guitarra, cosa que aprendió en la Argentina, le puso en las manos una de las guitarras que tenía de repuesto.

Y en agradecimiento a aquel y otros gestos hospitalarios del maestro Ramón, Manolo Medina, rapsoda y gran dinamizador cultural de la Córdoba de entonces desde las páginas del periódico, donde en otras ocasiones firmaba con el pseudónimo de Juan Latino, le dedicó esta coplilla:

Ramón Medina, pequeño,
pero de gran corazón,
que puso en la boca el sueño
de la copla y la canción.
En su capilla de canto
de la peña del Limón
con apostura de santo
fraguaba la luz del sol.
Con un grupo de cantores,
obreros de oficios varios,
nos hacía los honores
líricos extraordinarios,
con amores y con flores
y con motivos lunarios.

De noche, con las estrellas,
allá, en calle Montero,
se cantaban las querellas
del amor repajolero.



Ramón Medina con amigos de la peña El Limón, por él fundada.
(Foto del archivo de la familia Medina).

“Él decía que era muy sano hacer música después de trabajar”, contaba su hijo a Francisco Solano Márquez²³ ante la estatua dedicada a su padre en la plaza de San Agustín. Ramón Medina Hidalgo recordaba entre aquellos peñistas al estanquero Rafael Marín, que también tocaba la guitarra, y a Pepe Molina.

Pepe Molina Prieto será el principal impulsor de la peña a partir del fallecimiento del maestro Ramón en 1964. Su marcha dejó en cierta forma huérfanos a sus compañeros y más bien con pocas ganas de cantar. De hecho, la peña prácticamente se deshizo, pero amigos del

²³ MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: “Monólogo evocador de Ramón Medina ante el busto de su padre”, pieza auxiliar de la entrevista citada, p. XXX.

maestro como los hermanos Fernando y Juan de Dios Guzmán, Antonio *El Lata*, Cantueso y los jóvenes Antonio Blanco y el citado Pepe Molina -que había entrado a formar parte de la peña con 12 años- mantuvieron viva la llama en su recuerdo.

Molina, también él compositor de lírica popular muy influenciado por el maestro, será el primer presidente de la entidad refundada en 1974 con el nombre de Peña Cultural El Limón. Más conocida por Amigos de Ramón Medina, desde aquellos primeros años setenta la formación ha paseado sus altibajos por otras sedes como la taberna La Paz, el bar Los Mochuelos, la taberna Las Beatillas o compartiendo espacio en San Agustín con la peña Los 8 Amigos, entre otras sedes. En 1990 el grupo creó su propia coral, que desde entonces viene ofreciendo en las noches de primavera serenatas en las más típicas plazas de la ciudad -también en otros puntos de Andalucía- con el mismo espíritu de amor a Córdoba que les inspirara el maestro Ramón²⁴.

Córdoba, una pasión infinita

Toda la trayectoria vital de Ramón Medina Ortega está transitada por un inmenso amor a la ciudad que lo acogió. Sus barrios de siempre -él no llegó a ver el despliegue hacia las afueras-; sus monumentos; sus tradiciones; sus tipos, cuanto más populares mejor, como los picos-neros y gitanillos con quienes tan a gusto se sentía²⁵... todo le suponía una cantera inagotable de motivos musicales. Como tantos otros pre-

²⁴ En su página web, los Amigos de Ramón Medina hacen toda una declaración de principios acerca de los fines que los mueven. “Seguimos cantando a Córdoba, a su Custodio, a sus patios, a sus monumentos, a sus calles, a sus barrios, a sus pintores, a sus toreros, a nuestras viejas costumbres, conservando la misma idea y estilo que dejaron nuestros antecesores, es decir, con sencillez y naturalidad para que estas canciones las cante el pueblo llano y sencillo, y sobre todo, a la mujer cordobesa, la joya más preciada de la tierra de los orífices”. Y añaden para sus seguidores en versión digital -la tradición no está reñida con las nuevas tecnologías- un fragmento de su himno: “Los amigos de Ramón Medina / no cuentan tiempo ni edad / porque tienen por virtud / el cantar y más cantar / con eterna juventud / a su Sultana inmortal”.

²⁵ NAVARRO CALABUIG, Francisco: En la citada entrevista publicada en el diario *Córdoba* en 1950, Ramón Medina habla con entusiasmo de sus excelentes relaciones con el pueblo gitano, expresándose del siguiente modo: “Asistí a sus fiestas, y luego de saturarme quise trasladar al pentagrama aquel mismo ambiente. Estos hombres vinieron a mi casa cuando estuve enfermo el invierno pasado, interesándose continuamente por mi salud”.

tendientes de entonces, Ramón Medina cortejaba a su enamorada de noche. Noctámbulo y hombre tendente a la bohemia dentro de un orden, le gustaba pasear por Córdoba bajo las estrellas, para entregarse luego a un sueño ligero del que extraía las melodías que le rondaban por la cabeza y corriendo las anotaba antes de que se le olvidaran. Así lo relataba él mismo: “En la cama, al despertar, a eso de las cinco o seis de la mañana, es el momento de la inspiración; y lo aprovecho siempre teniendo a mano papel de música, que llevo en los bolsillos a todas partes”²⁶.

Luego, en los ratos libres que le dejaba su trabajo, daba a aquellas composiciones carta de naturaleza algo más formal, ya en la habitación que le servía de estudio en su casa de la calle Almonas. Una estancia que el periodista Navarro Calabuig dejó descrita de la siguiente manera²⁷:

La habitación es lugar de estudio y trabajo, sobria y graciosamente amueblada, en la que destacan a primera vista tres cosas, el Crucifijo, el despacho y el piano, es decir, tres grandes amores del maestro Medina: el amor a Dios, supremo Creador de armonías, el amor al trabajo profesional y el amor a la música, que con el periodismo constituyen las dos inclinaciones fundamentales de su vida.

De aquella vivienda guarda recuerdos entrañables su nieto, tercera generación de *Ramones* Medina, periodista radiofónico y músico. “Recuerdo a mi abuelo sentado en un rincón de la luminosa galería principal de su casa de Gutiérrez de los Ríos, galería con ventanales al patio, en la que solíamos jugar mis hermanas y yo en Navidad, con los juguetes que traían personalmente a esa casa los propios Reyes Magos, que eran amigos de mi abuelo disfrazados de Sus Majestades de Oriente”, contaba a quien esto escribe en una reciente conversación. “Entrar en el cuartito donde guardaba el material farmacéutico y de droguería también era casi obligado -continúa Ramón Medina López-. Era extraño, pero me gustaba curiosear en aquellas estanterías hasta el techo repletas de frascos y cajas. Éramos unos privilegiados y mi abuelo una persona muy querida”.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*



El compositor junto a su hijo Ramón, profesor de piano en el Conservatorio (de pie), y el periodista Francisco Navarro Calabuig, durante una entrevista en la casa de la calle Gutiérrez de los Ríos. (Foto del diario *Córdoba*).

Pero estábamos en el cuarto de trabajo de aquella casa, porque pasado el tiempo, cuando Ramón Medina hijo (padre de Ramón y de Laura) se destapó como otro gran músico, él sí con formación académica, ambos se reunían en esa misma habitación para trabajar juntos. Porque es justo decir que Ramón Medina Hidalgo, gran compositor y director del Orfeón Cajasur fallecido en 2012, ha sido el mejor guardián del legado musical del padre, que dejó fijado para la posteridad y adaptó a la orquesta. Así explicó él a la autora de este texto en qué consistía la colaboración entre padre e hijo²⁸:

Él se concretaba en su arte de melodista, y luego yo, cuando fui mayor y aprendí música, le hacía los arreglos para acompañamiento de piano y voz. Él me decía: “Oye, Ramón, se me ha ocurrido esta letra, a ver...”. Sabía algo de música, pero el que le escribía las composiciones era yo. Le hice después los arreglos para ronda-

²⁸ LUQUE, Rosa: Entrevista citada, p. 5.

lla. Él me decía: “Mira, niño, qué letra se me ha ocurrido, que ya mismo está aquí la romería”. Me la cantaba y yo cogía mi lápiz y pum, pum, pum, pum, pum. La iba escribiendo para que no se perdiera. Y así hasta que se hizo un libro bastante importante sobre sus canciones, que tocaban desde lo más histórico a lo más popular, porque su amor por Córdoba lo abarcaba todo.

Letras y músicas para el recuerdo

Se refería el compositor al libro *Ramón Medina y sus canciones a Córdoba*²⁹, con introducción de Luis Palacios Bañuelos³⁰ y una amplia selección de letras de canciones (38 en total) con caligrafía musical del propio Ramón Medina Hidalgo. En dicha publicación Palacios Bañuelos traza un recorrido por los temas que inspiran al autor, estableciendo una clasificación de los mismos. Habla en primer lugar de la nostalgia, y destaca en ese aspecto la canción *Noches de mi Ribera*, “que en ritmo de pasodoble-seguidilla añora volverlas a vivir”. He aquí íntegra la canción, tan conocida que la adoptó por nombre un grupo musical cordobés fundado en 1996, cuyos miembros, todos varones, ofrecen sus actuaciones ataviados con capa y sombrero cordobés. Más “cordobesismo” no cabe³¹:

Noches de mi Ribera

Si el puesto es de tu abuela, deja María,
deja María, deja María,
que venda como pueda sus arropías,
sus arropías, sus arropías.
Que una perrilla es poco

bis

poco dinero, poco dinero,
para ver tan cerquita
tus ojos negros, tus ojos negros.
Rafalita no tomes más sofocones,

²⁹ PALACIOS BAÑUELOS, Luis, y MEDINA HIDALGO, Ramón: *Ramón Medina y sus canciones a Córdoba*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba. Córdoba, 1990.

³⁰ *Ibid.*: Luis Palacios titula su exordio “Ramón Medina, cantor del pueblo cordobés”, pp. 7-12.

³¹ *Ibid.*, pp. 131.

más sofocones, más sofocones,
porque anoche tu novio fue de melones,
fue de melones, fue de melones.
Bebe agua en “La Chorrera”,

bis

agua fresquita, agua fresquita,
que cura bien las penas
si son chiquitas, si son chiquitas.

Caracolera linda, échame un plato,
échame un plato, échame un plato,
que los pruebe mi novio que es un pazguato,
que es un pazguato, que es un pazguato,
a ver si con el caldo de cornetillas

bis

de cornetillas, de cornetillas,
se le alegran al pobre
las pajarillas, las pajarillas.

Noches de mi Ribera,
de mi Guadalquivir,
junto a la arropiera,
con su jarrera, con su candil.
Noches de mi Ribera,
de mi Guadalquivir,
¡Ay, Julio, quién pudiera volverlas a vivir!

Otro tema que Palacios destaca es la tradición cristiana, a la que Ramón Medina dedica numerosas composiciones entre las que brillan especialmente los villancicos, de tan hermosas cadencias y tan afines al espíritu del pueblo de Córdoba que aún hoy no hay coral que los olvide llegada la Navidad. He aquí la letra de uno de los más afamados, todo un compendio de costumbres y tipos que ya son historia, *Nochebuena cordobesa*³²:

³² *Ibid.*, p. 56. Otros títulos recogidos en el citado volumen son: *Las campanas de la Mezquita*, *La cuesta del Reventón*, *Abre ventero la puerta*, *El portillo*, *Ni ventana ni balcón*, *Lunita clara de los plateros*, *Noche*, *El hatillo*, *Aurora boreal*, *Echa vino*, *manijero*, *La Perla mejor* y *Viejecito de las gachas*.

Nochebuena cordobesa

Esta noche, la Casa de Paso
de La Lagunilla
va a tener que ver,
va a tener que ver...
Varios patios con grandes candelas,
mozuelos, mozuelas,
que al son de panderos
y al son de almirez,
cantan villancicos
al Niño Manuel,
al Niño Manuel.
El gran Rafael Molina,
que asiste a la diversión,
prendido de la esclavina
lleva más de un corazón.
La “Breva” reparte
el rico alfajor,
la “Pilinda” el vino
y otras el turrón...
Y no faltan los roscos de miel...
Que esta noche la casa de paso
de La Lagunilla
va a tener que ver.

Antes que den las doce
van los vecinos,
van los vecinos,
a la Misa del Gallo
de Capuchinos,
de Capuchinos.
Llevan bajo la capa
-cosa corriente-
dos botellas de vino,
dos de aguardiente,
dos de aguardiente.

Esta noche la Casa “e” la Fuente
tiene mucha gente
dispuesta a cantar,
dispuesta a cantar...
Allí están los toreros mejores,
buenos cantaores,

buenos tocaores,
que van a empezar
diciendo coplillas
de la Navidad,
de la Navidad.
Al bajar los escalones,
Rafael Guerra “Guerrita”,
suspira por los rincones
más de una mujer bonita.
El “Melo” y “Manene”
qué bien han cantao...
“Onofre” y “Carrara”
ya están preparaos...
“Habichuela” los va a acompañar...
Que esta noche, la Casa “e” la Fuente
tiene mucha gente
dispuesta a cantar...

Antes que den las doce... etc.



Curiosa foto que muestra el gran sentido del humor del maestro Ramón, quien posa distendido sobre la hierba protegiéndose del sol con un gran sombrero de paja mientras sostiene en pie su guitarra.
(Foto del archivo de la familia Medina).

Asuntos de su predilección fueron también, siguiendo el esquema de Palacios, las tradiciones populares, tales como los patios y las cruces (“Tu Cruz de Mayo es un cielo / chiquito, que Dios hizo / y lo puso en nuestra suelo”, de *Cruz de Mayo*) y la mujer cordobesa, a la que siempre bienhumorado, el bueno de don Ramón no cesaba de piropear, en un tiempo en que hacerlo no rozaba “lo políticamente incorrecto” sino todo lo contrario. Y, como ejemplo, su célebre canción *Cordobesita*³³, una de las más tarareadas por muchos, cuya letra reproducimos:

Cordobesita

I

Cordobesa de mi amor,
hoy alegras los pinares
con tu gracia y tu candor
para llevarle una flor
a la Virgen de Linares
y rezarle una oración.

Por el “Puerto de la Salve”,
cordobesita de rostro hermoso,
te dije con la mirada,
cordobesita, que estoy celoso.
El sol que te está besando,
cordobesita, lanzó un suspiro,
prefiero que esté nublado,
cordobesita, cuando te miro.

II

Un romero te pintó
con vestido de lunares
y otro de ti se prendó
la mañana que te vio
camino de “Linares”
y así te piropeó.

(Estribillo)

³³ *Ibid.*, p. 37.

III

De soldado triunfador
llevas la cara, romero,
saltarán el corazón,
en el alma devoción,
y en los labios un “Te quiero”
envuelto en esta canción.

(Estribillo)

IV

Mozo bueno cordobés,
llévame con tu caballo,
que a la Virgen quiero ver
y le tengo que ofrecer
con las rosas del Rosario,
los claveles de mi fe.

(Estribillo)

Esta popular tonadilla en honor de la mujer cordobesa -hay otras muchas que son auténticas declaraciones de amor hacia las hembras morenas y de ojazos negros, como salidas de un lienzo de Julio Romero³⁴- entronca con otro de los temas predilectos del compositor, las romerías. En el citado libro antológico, que las clasifica por canciones de romería, canciones navideñas y canciones variadas, se recogen doce títulos de las primeras. Son los siguientes: *Nenas de San Agustín*, *La Hermandad Chiquita*, *Al Cristo de Scala Coeli*, *Romancillo del almendro*, *Santuario cordobés*, *Himno a San Álvaro*, *Cordobesita*, *Arroyito de Linares*, *Ofrenda a Nuestra Señora de Linares*, *Romería de Pedroches* y *Arroyo de Corcomé*. Todas ellas, naturalmente, enca-

³⁴ Julio Romero es un personaje recurrente en muchas de las canciones de Ramón Medina, pues este veía en el pintor, amigo suyo, el más fiel ejemplo del alma cordobesa, reflejada tanto en la forma de ser e incluso vestir del artista como en las mujeres retratadas en sus cuadros. Sirvan de ejemplo tonadillas como *La Niña de la Ribera* [“(...) La Niña de la Ribera, / que pintó Julio Romero, / pela la pava en la reja / con un chavalillo / que es banderillero (...)”], *La chiquita buena* [“¿Qué flores tiene mi reja, / que me sale un pretendiente, / viene la primera noche / y no vuelve a la siguiente? / Esta duda, Rosario contó / al pintor que la immortalizó (...)”] o *Capa y sombrero*, esta última con letra de F. Arévalo [“La capa airosa, ancho el sombrero, / palabras y hechos muy campechanos, / con paso firme Julio Romero / va por la plaza de los Gitanos (...)”].

bezadas, cómo no, por la popularísima *Camino del Santuario*, con música de pasodoble y letra que dice así³⁵:

Camino del Santuario

I

Caminito de Santo Domingo
te vi una mañana florida de abril,
con pañuelo de talle, precioso,
que lucía airoso tu cuerpo gentil.
La romería va en caravana,
muy de mañana, para rezar,
desde el Calvario, hasta el Santuario,
el Santo Rosario con fe y con piedad.
Y tras el eco de las oraciones,
se escuchan canciones
de amor y de paz.

Hechicera cordobesa,
nacida en el barrio
de San Agustín,
que llenas la romería,
de luz y alegría
y risas sin fin.
Si al mozo que te da “achares”
lo ves con otra bailar,
cántale por soleares,
que son de tus lares
el mejor cantar.

II

Una nena de cara morena,
con ojos de pena, se siente cantar
la saeta que envía a la Virgen,
como despedida al pie del altar.
El sol se esconde,
declina el día,
la romería va a retornar,

³⁵ PALACIOS BAÑUELOS, Luis, y MEDINA HIDALGO, Ramón: *Op. cit.*, p. 17.

y la guitarra vibra sus bordones,
y en sus vibraciones parece llorar,
y en los caminos, ecos vespertinos
de sonos divinos, nos traen al cantar.

Hechicera cordobesa...etc.

Por último, el repertorio de Medina, integrado por más de 200 canciones, reserva un amplio apartado para “tipos y caracteres cordobeses”, y hasta recurre a palabras y géneros inventados como las *ferialas* y las *cordobesanas* (este término debido a Diego Ruiz) para prolongar sus piropos a la ciudad. Este capítulo abarca desde el pintoresquismo de gitanos y piconeros, a los que llegó a conocer bien, a los guiños y halagos que dedica a sus contertulios (*Los muchachos de Ramón Medina*) y su peña (*Villa Limón*). Sin olvidar a toreros, flamencos, personajes modestos como segadores y arropieras o históricos como la canción dedicada al Gran Capitán, con letra de Miguel Salcedo Hierro, quien narraba de este modo cómo surgió la espontánea colaboración entre ambos³⁶:



El maestro Ramón aparece en esta simpática imagen cedida por la familia sesteando en un sillón de mimbre, con un cántaro de agua fresca al lado para aliviar los rigores del verano cordobés.

Él solía hacer la letra y la música. Que yo sepa, solamente en seis ocasiones tomó letras de otros autores: cuatro del poeta Francisco Arévalo, su fraternal compañero: *Serenata a la Mezquita*, *Reza a la Dolorosa*, *Juanillo el Chocolatero* y *Capa y sombrero*; una,

³⁶ SALCEDO HIERRO, Miguel: Art. cit.

de Manuel Jiménez, *Canción de los pinos*, y otra de mi propia cosecha, titulada *Al Gran Capitán*. Puedo contar la historia de esta última. Yo iba mucho a su casa, por mi amistad con su hijo Ramón; ambos éramos colaboradores, e incluso habíamos estrenado juntos una zarzuela llamada *Aventuras del Príncipe Jazmín*. Un día me presenté llevando la letra de *Al Gran Capitán* para que le pusiera música mi amigo Ramón. Me recibió el maestro, porque su hijo no estaba, y a él le entregué mi trabajito. Cuál fue mi sorpresa cuando, a los pocos días, me llamó para cantarme la canción, ya compuesta.

Poesía de lo cotidiano

Como se ve, no había perfil, lugar ni detalle relacionado con Córdoba y sus gentes que escapara a lo que Juan Miguel Moreno Calderón denomina la “vena poético-melódica” de don Ramón, “expresión de un arte vivo y sencillo -afirma-, cuya única pretensión era conectar con quienes se compartía”³⁷. Y es que, según explica el musicólogo y académico en la semblanza que traza de Medina en su libro *Música y músicos en la Córdoba contemporánea*³⁸, el secreto de aquellas creaciones literario-musicales que empezaron a divulgarse hacia 1949 y que al poco tiempo tarareaba todo el mundo, la clave de esa música “siempre envolvente, entrañable y llena de ángel”, está en “una vena melódica, fresca y espontánea que, lejos de rebuscamientos o artificios vacuos, solo pretende ser comunicativa. El buen acoplamiento de letra y música, una gran dosis de lirismo y gracia, y la ausencia de retórica alguna hacen el resto”.

Así, con naturalidad y sin aparente esfuerzo -no parece que fuera uno de esos cantautores que sufren componiendo-, Ramón Medina fue conformando “un colorista mosaico tejido de aires musicales muy nuestros”, melodías con aroma a pasodoble, pasacalle o seguidilla, o con cadencias aflamencadas por bulería, soleá o petenera, sin olvidar géneros como el himno, la marcha y por supuesto la serenata.

Y junto a la melodía pegadiza, la poesía de lo cotidiano. Su hijo Ramón Medina Hidalgo, considerado uno de los más grandes compositores que dio Córdoba en el siglo XX (sobre todo en música sacra y polifonía), cuando se le preguntaba si había intentado continuar la

³⁷ MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: *Op. cit.*, pp. 198.

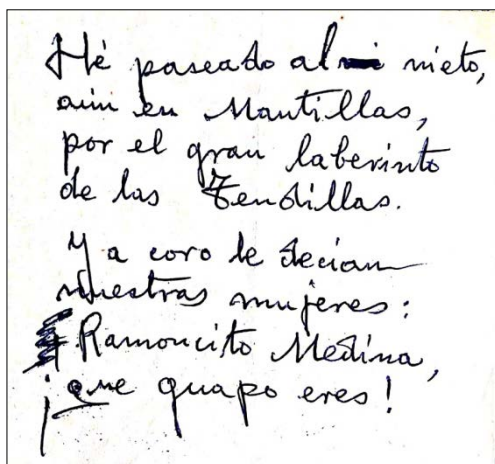
³⁸ *Ibid.*, p. 200.

línea musical del padre, lo negaba con estas palabras: “En las canciones de mi padre nacían a la vez la música y la poesía, y eso es muy difícil de continuar. Se habla mucho de la música de mi padre, pero hay que fijarse detenidamente en los textos, que para mí son una auténtica maravilla, porque con palabras muy llanas y sencillas describe el ambiente y la historia”³⁹. Un cóctel infalible para llegar al corazón de la gente.

Palabras llanas y sencillas como él mismo, porque el maestro Ramón fue un tipo modesto y simpático, amigo de sus amigos y de trato campechano con todo el mundo. Un hombre bueno al que no se le subían los humos a la cabeza por sus muchos éxitos, que bien podían reconfortarle el ánimo pero que en nada le alegraban la billetera. Completamente desprendido en todo lo relacionado con su pasión por Córdoba, nunca le pesó el poco provecho económico que obtuvo de su talento

artístico. Para sacar adelante a la familia, numerosísima por propios y allegados como se ha visto, se valía de su otro arte, el de saberse comunicar con todo bicho viviente gracias a su ingenio y salero, que de tanto le sirvieron en su profesión de agente comercial. Como ejemplo, sirva la transcripción de la carta mecanografiada que Medina dirigía en junio de 1952, con contundente gracejo versificado, a uno de los médicos que integraban su clientela⁴⁰:

Querido Don Nicolás:
Ya sabe de mi solera:
no me gusta ser gotera
ni abusar de la amistad.



Manuscrito de una divertida canción-cilla dedicada por el compositor a su nieto Ramón. (Foto del archivo de la familia Medina).

³⁹ MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: Entrevista citada, p. XXXI.

⁴⁰ Carta facilitada a la autora de este trabajo por Laura Medina, nieta de Ramón Medina Ortega.

Cuando tengo, de verdad,
alguna medicación
que merezca su atención,
se la procuro enviar.
Mas ocurre en Clorofarm,
(nueva cloromicetina
que representa Medina),
que muestras no pueden dar.
Pero yo debo lograr
mercado para esta droga,
que en América está en boga
y a mí me puede bogar.
Me puede hacer prosperar.
Es decir, darme sustento
para el medio regimiento
que tengo que alimentar.
Ya se estará sonriendo.
Ya me estará perdonando
la forma de ir trabajando
y mi modo de ir viviendo.
Y... ahora exclamo, agradeciendo
¿Clorofarm va recetando?
Pues yo seguiré cantando
hasta que me esté muriendo.

Adiós al “bardo de la cordobesía”

La muerte le llegó el 1 de noviembre de 1964, domingo, disfrazada de un infarto fulminante. Era uno de tantos domingos en que la familia al completo solía reunirse para almorzar con los abuelos en la casa de la calle Almonas, en cuya luminosa galería de la primera planta jugaban los niños mientras don Ramón, sentado en un sofá, les ofrecía caramelos mentolados *Pictolín*, que siempre llevaba en los bolsillos para aclararse la garganta. Cincuenta y cinco años después, su nieto Ramón aún recuerda aquella fatídica fecha:

Estuvimos allí casi todo el día, y al volver a nuestra casa de Cañero, entrando, sonó el teléfono y no eran buenas noticias, porque a mi padre le cambió la cara. Le dijeron que el abuelo se había puesto muy malo, así que nos dejaron con una vecina, y mi padre y mi madre se marcharon corriendo. Creo que no quisieron decirle por teléfono que su padre ya había fallecido.

Pero no solo la familia quedó desolada por su pérdida. La muerte de Ramón Medina Ortega vistió de luto a toda la Córdoba que tanto había amado y cantado. Juan Miguel Moreno Calderón, refiriéndose a esa “pérdida sentidísima”, alude en la citada semblanza del maestro a los muchos testimonios de dolor surgidos en los días siguientes a su muerte; y destaca el artículo necrológico que le dedicó el entonces director de la Real Academia, Rafael Castejón, en el *Boletín* de la entidad, que tituló “In memoriam. El bardo de la cordobesía”⁴¹. En él, el gran humanista coloca a Ramón Medina junto a Lucena, Molina León y Martínez Rücker “en la gloriosa nómina melódica que definió el alma de la cordobesía”. Y recordando las muestras colectivas de dolor registradas aquellos días en la ciudad, expresa lo siguiente:

(...) Cuando en el atardecer de aquel domingo de Todos los Santos el alma del maestro Medina acabó de volar a las regiones superiores, y la noticia cundió por la ciudad, asomaron lágrimas en los ojos de las chiquitas buenas, y de las nacidas en San Agustín, y en la cordobesita de rostro hermoso, y en la que tiene su cuerpo hecho con ramos de flores, y en tantas otras que la musa popular de Ramón Medina idealizó con pincelada mágica (...). Fue un bardo de la cordobesía, un cantor de las glorias más íntimas y puras del alma popular de esta ciudad varias veces milenaria, cuya luz interior solo alcanzan a ver los elegidos.

La hora de los reconocimientos

A partir de entonces, la figura del maestro Ramón continuó ensanchándose, y aunque en vida había recibido el apoyo popular que le hizo sentirse querido por su ciudad de adopción, los homenajes se sucedieron a título póstumo. Antes, por suerte, había tenido ocasión de saborear personalmente el reconocimiento oficial de la ciudad, que el 18 de mayo de 1955 le otorgó un cálido espaldarazo en el Gran Teatro. En aquella extraordinaria función se escenificaron sus creaciones más populares bajo la dirección de Miguel Salcedo Hierro. El progra-

⁴¹ MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: *Op. cit.*, p. 200. El autor se hace eco de las sentidas palabras de Rafael Castejón y Martínez de Arizala “por su alta significación cultural”, y en el apartado de “notas” remite para su lectura íntegra a “In memoriam. El bardo de la cordobesía”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba* número 86. Córdoba, 1964, pp. 268-270.

ma de tan señalada gala⁴² contó con los actores José Herrera Duchemín y Mary Ferrer; el baile de Maruja Cazalla y Emilia Zambrana; las voces de Carlos Hacar, Rafi Sánchez y hasta de Meli Medina Hidalgo, que al parecer entonaba con mucha gracia las canciones del padre; al canto actuó Luis Aceta y a la guitarra Francisco Ruz, además de la Rondalla González y coros y orquesta dirigidos por su hijo Ramón.



Ramón Medina agradece con la lectura de unas sentidas palabras la concesión de la Medalla del Mérito de la ciudad. (Foto del diario *Córdoba*).

Tan espléndido homenaje artístico se completó cuatro días después, el 22 de mayo⁴³, con un multitudinario banquete celebrado en la antigua plaza de toros de Los Tejares al que no faltó ninguna autoridad. A los postres, el gobernador civil José María Revuelta impuso a un Medina emocionado la Encomienda de Alfonso X El Sabio. Asimismo, fue nombrado académico correspondiente de la Real Academia de Córdoba y Socio de Honor de la Asociación de la Prensa. Sin embargo el Ayuntamiento no se mostró todo lo generoso que podía esperarse

⁴² *Ibid.*, p. 199.

⁴³ Aquel 1955 resultó ser un espléndido año para Ramón Medina Ortega, pues aparte de los homenajes que se le tributaron salió a la luz el libro *Canciones populares de Córdoba originales de Ramón Medina*, impreso en Córdoba por Tipografía Artística.

con el cantor de Córdoba, pues aunque le concedió la Medalla del Mérito de la Ciudad, en su categoría de bronce, le hurtó la mayor de sus ilusiones, que era la de sentirse oficialmente cordobés siendo designado Hijo Adoptivo. Y eso que con motivo del referido homenaje popular la comisión organizadora había reunido más de 8.000 firmas solicitando tal honor. No fue posible, y don Ramón se murió con la pena de no haber visto rubricada por la oficialidad la condición de cordobés de pura cepa que el pueblo llano le había concedido sin dudar. Ese título de Hijo Adoptivo al final le fue otorgado por el Consistorio el 24 de octubre de 1993, siendo alcalde Herminio Trigo (1986-1995), cuando el compositor llevaba casi 30 años fuera de este mundo.

Pero mucho antes de eso, al año y medio de su fallecimiento, el 14 de mayo de 1966 había tenido lugar en el Gran Teatro una gran función en su memoria organizada por el Centro Filarmónico. Un retrato suyo de grandes dimensiones, obra del pintor Ricardo Anaya, presidió el escenario por el que pasaron, además de los miembros de la citada entidad, los principales grupos musicales de la época.

Y ya en junio de 1991 la Federación de Peñas promovió un homenaje conducido por Manuel Salcines en el Patio de los Naranjos -lugar tan querido y cantado por Ramón Medina-, donde volvió a actuar el Centro Filarmónico, siempre fiel a su memoria. Se quiso conmemorar el centenario del nacimiento del compositor -cuyo nombre rotula una calle cercana a La Viñuela-, y a aquella magna gala musical se unió al día siguiente con igual motivo una misa en la iglesia de San Francisco oficiada por Miguel Castillejo Gorráiz y cantada por el Orfeón Cajasur.

Más de dos décadas después, otra Corporación municipal, en este caso encabezada por José Antonio Nieto, anunciaba su colaboración con el colectivo EntreCulturas en un proyecto de investigación encaminado a reunir, catalogar y difundir el legado musical y humano de Ramón Medina, al que con motivo del cincuentenario de su fallecimiento la delegación de Cultura dedicó el 1 de noviembre de 2014 un concierto en la plaza de San Agustín.

Un busto muy movido

No era casual la elección de tan castizo escenario urbano, quizá el más vinculado de toda Córdoba a las querencias del compositor. También a su memoria, puesto que apenas dos años después de su desaparición se inauguraba en la plaza, ante la portada de la iglesia conven-

tual que da nombre al barrio y presidiendo una bonita fuente en forma de estanque, un busto en bronce encargado por suscripción popular a Amadeo Ruiz Olmos en el que curiosamente Ramón Medina aparece de medio perfil envuelto en una capa, cuando él nunca la usó. “Se la puso el escultor para darle un carácter más cordobés -reconocía el hijo⁴⁴-. Él usaba boina y pelliza, y no era tan corpulento como aquí parece. Sin embargo, la cara está perfectamente; el perfil es perfecto, con la nariz un poco aguileña”. Sobre ella llevó siempre gafas, aunque no se sabe por qué el artista prefirió no ponérselas.



La inauguración del busto dedicado a Ramón Medina en la plaza de San Agustín se convirtió en un sentido homenaje póstumo. (Foto Ladis).

El acto inaugural del monumento -celebrado el 19 de mayo de 1966- contó con la presencia del alcalde Antonio Guzmán Reina y todas las “fuerzas vivas” de la ciudad, incluidos el canónigo Juan Jurado y el dinámico empresario Baldomero Moreno, generoso mecenas de cuantos proyectos conjugaban la tradición con la cultura. Tan masiva concurrencia demostró una vez más la honda huella que el músico

⁴⁴ MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: Entrevista citada, p. XXX.

había dejado en su tierra de adopción. Nadie quiso perderse el acto, al que asistieron representantes de todas las peñas, muchachas con trajes de gitana y la banda municipal de música, dirigida por Dámaso Torres.

Pero fue pasando el tiempo, y a su paso la estatua de Ramón Medina se ha visto empujada a una danza involuntaria al ritmo que fueron marcando las sucesivas remodelaciones de la plaza. Tras la primera, el busto de don Ramón, ya sin la compañía de los chorros de agua cantarina, fue reubicado en el centro del gran rectángulo que configura el espacio, sobre su sobrio pedestal de granito, a la sombra de un bosquecillo de palmeras y mirando pasar los afanes y los días, tal como lo describió Matilde Cabello⁴⁵:

(...) El autor de las canciones a Córdoba tiene estatua frente al templo, un sitio privilegiado para no perderse en muerte ni una de las tradiciones populares que tanto le inspiraron en vida. Todo un palco de honor desde donde observar el calendario festivo de la ciudad, las comparsas y los disfraces, los olores de la primavera o las verbenas de verano de un barrio que rinde honor a la carne en febrero y fervor al espíritu en mayo.

El lugar, como espacio vivo que es, siguió sufriendo obras de readaptación. Las últimas hasta ahora, ya con Isabel Ambrosio como alcaldesa y tras la rehabilitación que permitió abrir la iglesia de San Agustín después de casi 30 años de ruina, finalizaron en marzo de 2016. La nueva remodelación devolvió vida a la plaza, pero a Ramón Medina lo castigó de modo tan cruel e injusto que el emplazamiento al que lo destinó el Ayuntamiento, en una esquina, mirando para la pared y sobre una especie de armario para guardar material de infraestructuras, levantó la queja de los cordobeses. Su insistente protesta no cesó hasta que la autoridad municipal reservó un lugar más digno para el cantor de Córdoba, cuyo recuerdo en noble metal ha quedado situado en otra esquina de la plaza -y tampoco mirando para afuera-, pero al menos ha recuperado su pedestal. Dios sabe qué será de él en la siguiente remodelación.

Por suerte, la figura de Ramón Medina está por encima de deslices municipales. Y hoy como ayer siguen recordándose y cantándose sus

⁴⁵ CABELLO, Matilde: “Entre el Pozanco y San Agustín”, artículo publicado en el periódico *El Día de Córdoba* dentro de su serie “Los días del calendario”. Córdoba, 9 de marzo de 2003, p. 20.

canciones⁴⁶. En buena parte gracias a autores que han seguido su estela como José Molina Prieto y Rafael Lara Jiménez, así como a los coros y demás agrupaciones musicales que continúan haciéndolas suyas en romerías y noches de serenata, como entonces. A todos ellos los considera Moreno Calderón “los verdaderos epígonos del genuino cordobesismo” del compositor, “la verdadera continuidad del populismo del cantor de Córdoba y la mejor muestra de cómo ha calado su música en Córdoba y los cordobeses”⁴⁷.



Ramón Medina y su esposa, Carmen Hidalgo, poco antes del fallecimiento del compositor. (Foto del archivo de la familia Medina).

Es la Córdoba que lo admiró en vida y aún lo recuerda más de medio siglo después de su muerte -algo nada habitual en una ciudad llena de olvidos y desdenes-. La Córdoba que Ramón Medina amó incondicionalmente y a la que dedicó lo mejor de sí, su música, nacida desde y para el pueblo, sin buscar en ello el menor provecho personal. Tanto

⁴⁶ Buena parte del repertorio de Ramón Medina ha sido grabado en varias ocasiones. Las obras culturales de CajaSur y La Caja Provincial de Córdoba coeditaron en 1994 el disco *La Navidad cordobesa de Ramón Medina*, una selección de villancicos interpretados por el coro y rondalla de Santaella. Y en 2007 la Fundación Prasa patrocinó un CD con una antología a cargo del coro Martín Códax de la Casa de Galicia en Córdoba y la Camerata Plectrum.

⁴⁷ MORENO CALDERÓN, Juan Miguel: *Op. cit.*, pp. 204-205.

la quiso que, tirando de su buen humor, ya en 1951, trece años antes de su fallecimiento y gozando de espléndida salud, compuso la música y la letra de la canción que tituló *Mi adiós a Córdoba*⁴⁸, toda una declaración de amor y un testamento:

Mi adiós a Córdoba

Fuente de mi amor,
de mi inspiración,
Córdoba cautivadora;
luz de amanecer
de eterna infancia;
flor que dio a mi ser
suave fragancia;
te quiero decir
lo que te quiero;
si ya he de morir
por ti me muero.
Que no me vieras nacer
dispuso el cielo.
Que al fallecer
guarde mi ser
tu hermoso suelo.
Princesa gentil
que el Betis baña.
Cálido pensil.
Jazmín de España.
.....
Anunciando van campanas,
campanas de tristes sonos:
“Ya se va nuestro poeta
cantor de nuestros amores.
Se quedan las cordobesas
como rosales sin flores”.
En los patios aún resuenan
de su postrera canción
los ecos, ecos de pena,
que parten el corazón:

⁴⁸ Letra facilitada por la familia, en texto escrito a máquina con correcciones a mano del compositor.

“Voy de viaje cordobesa
y no sé si volveré. Ay.
Yo te seguiré cantando
en donde quiera que esté.
Y si acaso no volviera,
lo cual puede suceder... Ay,
que no olvides mis cantares
preciosísima mujer.
Adiós, mi bien.
Adiós, mujer”.

[...] el profesor Moreno Calderón relaciona y analiza el conjunto de las grabaciones comercializadas en su día, las cuales sitúan a Orozco como uno de los grandes pianistas de su generación y como uno de los más internacionales que ha dado España. [...] la veintena larga de discos que nos legó Orozco, junto a otras versiones de las obras interpretadas, nos acercan a un virtuoso de primer nivel, poseedor de una técnica apabullante y una fuerte personalidad musical, lo que le permitió hacer un vasto repertorio desde Bach a Prokofiev, con especial dedicación al gran repertorio romántico, protagonista de la mayoría de sus discos y reflejo a su vez de lo que fue su imponente carrera concertística. [...]

Fuente: Moreno Calderón, Juan Miguel, “Prólogo”, en *Músicos cordobeses de ayer y de hoy*, Córdoba, 2019, pp. 21-22.

